

Michelle Quach

**Elisa
es feminista**

Traducción
Marcelo Andrés Manuel Bellon

GRANTRAVESÍA

ELISA ES FEMINISTA

Título original: *Not here to be liked*

© 2021, Michelle Quach

Publicado según acuerdo con The Bent Agency Inc.,
a través de International Editors 'Co.

Traducción: Marcelo Andrés Manuel Bellon

Diseño de portada: Mariana Palova

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © 2022, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas

Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2022

ISBN: 978-84-123655-6-6

Depósito legal: B 2444-2022

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra? Solicita el permiso en www.cedro.org.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005623010222

A la verdadera J.

1

Comparto habitación con mi hermana mayor Kim, lo cual no sería un problema si no fuera porque tiene el hábito de hacer muecas cada vez que entro.

—¿Así te vas a vestir? —me apunta con su varita de rímel; su incredulidad parece tan espesa que podría caer en pedazos.

—Está bien —me levanto las mangas, pero se vuelven a caer—. No te preocupes por esto.

Para ser justa, lo que llevo puesto es un enorme suéter de poliéster que tiene el mismo color gris del asfalto de un estacionamiento y que nadie consideraría como una prenda bonita. Pero no me importa. De hecho, básicamente así me visto todos los días. Alguna vez leí que muchas personas importantes optan por usar un “uniforme” a fin de reservar su energía mental para las cosas que de verdad importan, así que yo también he comenzado a hacerlo. Kim piensa que ésta es una forma horrible de vivir.

—¿No se supone que hoy es un gran día para ti?

Me dejo caer en la cama con un libro, una novela de Eileen Chang que encontré por casualidad en la biblioteca. Me gusta

porque el personaje principal es una niña china inteligente, pero un poco quisquillosa; al mundo le vendría bien tener más gente así. Es sólo mi opinión, por supuesto.

—¿Y bien? —pregunta Kim, después de que paso la página.

Doy un bocado a la masa dura de mi *sachima* estilo cantonés, que es dulce y pegajosa, como una barra Rice Krispies sin malvaviscos. Luego, como puedo sentir la impaciencia de Kim prácticamente condensándose en mi silencio, tomo un largo sorbo de té y paso otra página.

—Claro —acepto—. Es un gran día.

Hoy es el día en que el personal del *Bugle* de Willoughby, el periódico de mi instituto, seleccionará a su nuevo editor para el próximo año. Es un ritual sagrado que tiene lugar alrededor de las mismas fechas cada primavera, y este año, ahora que estoy en el penúltimo curso, por fin puedo participar.

—Entonces, ¿no deberías intentar tener mejor aspecto? —Kim está dibujando sus cejas al estilo grueso y horizontal de las heroínas de los doramas coreanos—. ¿No quieres que la gente vote por ti?

Veamos, no creo y nunca he creído en el autoengrandecimiento. Eres tan buena como tus datos lo afirman, así lo veo yo, tanto en el periodismo como en la vida. Y aquí están los míos:

Durante casi tres años, he sido la miembro del equipo más prolífica, más trabajadora y más disciplinada que el *Bugle* haya visto jamás. Puedo escribir un artículo de calidad de setecientas cincuenta palabras en sólo treinta minutos, publico la mitad de las historias que aparecen en la portada mes tras mes, y ya soy la jefa de redacción en este momento, un

puesto que por lo general se le asigna a algún estudiante del último curso. Así que no, no necesito que la gente del *Bugle* vote por mí sólo porque me arreglo bien. Me elegirán porque soy la opción más sensata. Porque, literalmente, nadie más hará un trabajo mejor.

Y además, da la casualidad de que no hay nadie más. Estoy en la selección sin ningún oponente.

—Dado que soy la única candidata, sólo necesito los votos suficientes para ser confirmada —explico, mientras termino con el último bocado de *sachima*—. Es más como, ya sabes, un nombramiento en la Corte Suprema que una elección.

Kim no parece muy convencida.

—¿Quieres que al menos te rice el cabello o algo así?

A veces, lo juro, la perseverancia de mi hermana sólo rivaliza con su estupidez.

—El *Bugle* no funciona así, Kim. Se trata de una meritocracia —arrugo el envoltorio del *sachima* en una bola—. Si quisiera participar en una farsa, me estaría postulando para el consejo estudiantil.

—Bueno, lo hiciste una vez.

Es un pinchazo inesperado, agudo e intrascendente como cortarte con una hoja de papel.

—Eso fue hace mucho tiempo.

Kim es sólo dos años mayor que yo, así que también estuve en el Instituto Willoughby. El año pasado, cuando estaba en último curso, pensé que por fin me liberaría de ella cuando se graduara, pero luego, por supuesto, terminó en la Universidad de California en Irvine. “¡Es tan cerca!”, dijo papá. “Ni siquiera es necesario que te quedes en las residencias de estudiantes. Sería una pérdida de dinero”. Y aquí estamos. Como en los viejos tiempos.

—No te vendría mal estar más guapa, Elisa. Quiero decir, en general.

Frunzo mi cara: un ojo entrecerrado, la nariz arrugada, la lengua colgando hacia un lado.

—¿No crees que estoy guapa? —bromeo, tratando de hablar y mantener la expresión al mismo tiempo.

Kim responde como si le hubiera hecho una pregunta seria.

—No.

Ahí va mi diversión, resbalando por mi cuello como una gota fría. Observo por un momento mientras se aplica un pintalabios color coral, y luego, sin mucho entusiasmo, lanzo un dardo más:

—No creas en la mirada masculina, Kim.

Pero ella sí cree en eso, por completo. Kim es una de esas chicas que tienen la desgracia de pensar que deben ser guapas. En realidad, no es culpa suya: ella es guapa. Tiene bonitos ojos, grandes al modo de Fan Bingbing, con el tipo de párpados dobles por los que podrías considerar, si no matar, someterte a un quirófano para tenerlos. Cuando éramos más pequeñas, la gente solía hablar (por lo general en cantonés) sobre lo hermosa que era: “*Gam leng néuih ā!* ¡Podría participar en el concurso de Miss Hong Kong!”.

“¿Por qué diablos querías hacer algo así?”, le pregunté a alguien una vez y mamá tuvo que hacerme callar: “¡Nadie te lo está diciendo a *tí!*”.

Mamá está en la puerta ahora, esperando a ver si estoy lista para irme.

—*Đi được chưa?* —pregunta en vietnamita. Ése es el otro idioma, además del cantonés, que se suele escuchar en nuestra casa. El mandarín, en contraste, sólo hace apariciones ocasionales, por lo general en forma de algún proverbio. Mi

familia es lo que la gente de Canadá llama *wàh kùuh*, o “china de ultramar”, lo que esencialmente significa que, a pesar de que hemos pasado tres generaciones en Vietnam, nunca hemos dejado de ser chinos. Kim y yo lo entendemos todo, pero nosotras, como buenas estadounidenses perezosas, a menudo respondemos en inglés.

—Sí, claro —le digo a mamá, mientras me bajo de la cama y empiezo a recoger mis libros para ir a clase.

Ella aprovecha la oportunidad para inspeccionar mi atuendo.

—¿Vas a...?

Salto para pasar junto a ella, con los libros aferrados contra mi pecho y la mochila todavía medio abierta.

—¡Adiós, Kim!

Afuera, el aire todavía está fresco, como si el sol ya hubiera salido, pero no del todo. Los aspersores acaban de encenderse y se ven algunas manchas de pavimento oscuro junto al jardín. Mientras mamá y yo pasamos por las familiares filas de apartamentos, respiro el rocío que se está evaporando. Huele a cemento húmedo y a abono caliente: una mañana en un paraje de estuco.

Seguimos el largo camino de entrada hasta nuestra cochera cuando suena mi teléfono. El mensaje es de James Jin, el actual editor del *Bugle*:

Te gustaría saber que Len DiMartile me envió un correo electrónico anoche.

Esto es inesperado. Len es este chico mitad japonés, mitad blanco que forma parte del equipo de trabajo del *Bugle* y que ha sido asignado a la sección de Noticias este mes. James y yo nunca antes habíamos hablado de él.

Yo: ¿Por qué, ha renunciado o algo así?

James: De hecho, ha decidido postularse como editor.

—Elisa, ya te he dicho que no debes arrugar tanto el ceño —dice mamá. Nuestro coche está a un par de metros por delante de nosotras y ella lo abre con un pitido de desaprobación—. ¿Quieres que tu cara se quede así para siempre? ¡Como col en escabeche!

Me quedo unos pasos detrás de mamá para que mis cejas se puedan levantar en paz.

Yo: ¿Es ególatra o masoquista?

James: Oh. Vamos, Quan. ¡Sé una buena competidora!

—Definitivamente lo has sacado de tu padre —mamá está todavía pontificando mi calistenia facial—. Es tan mal hábito.

La ignoro y me subo al asiento del pasajero; cierro la puerta con una sola mano para poder seguir enviando los mensajes de texto con la otra.

Yo: Soy una excelente competidora

James: ¿Ah, sí? ¿Así que estás de acuerdo con que nuestro chico Leonard compita contigo?

Ahora mi ceño se arruga como una hoja de papel. ¿En serio? “Nuestro chico” Leonard acaba de unirse al *Bugle* apenas el año pasado. No sé en qué está pensando al lanzarse así, pero no cambia el evidente hecho de que está más verde que un dulce Jolly Rancher de manzana.

Yo: No me importa lo que haga. Un niño puede soñar. 🧑

James: De acuerdo, bien. Me alegra ver que no le temes a una pequeña competencia. 🙄

—Elisa, ¿me estás escuchando siquiera? —mamá me frunce el ceño mientras arranca el coche.

—Sí, claro.

Pero mis hombros están tensos ante la posibilidad, de la misma manera en que lo hacen cada vez que estoy a punto

de sacar una puntuación triple en el Scrabble, y escribo mi respuesta a James:

Venga.

2

El *Bugle* se fundó tres años después de que el Instituto Willoughby abriera sus puertas como la primera academia pública de preparación para la universidad Jacaranda Unified. Al inicio, el equipo que lo conformaba era un pequeño y dedicado grupo dirigido por Harold “Harry” Sloane, generación del ochenta y siete, un joven con una increíble visión de futuro. Podemos rastrear casi todas las tradiciones del *Bugle* hasta esta mente notablemente fértil.

Tomemos, por ejemplo, el nombre mismo: *Bugle*, que significa clarín. Harry lo eligió para ir acorde con las asociaciones vagamente militares implícitas en la mascota de nuestra escuela, los Centinelas. En algún momento de ese primer año, él apareció con un clarín de bronce, que supuestamente robó de la Academia Santa Ágata que se encuentra calle abajo (entonces conocida como Escuela Militar para Niños Santa Ágata). En realidad, Harry lo compró en una tienda de antigüedades en Fullerton; lo sé porque alguna vez le envié un correo electrónico preguntándole al respecto, sólo por curiosidad, y me lo contó. Grabaron en él el lema del *Bugle*: *Veritas omnia vincit*, y ahora está sobre el escritorio

del señor Powell como una auténtica reliquia histórica: *La verdad lo conquista todo*.

O tomemos otro ejemplo: la mencionada elección buglera. El editor del *Bugle* siempre es elegido de la misma manera en que se seleccionó a Harry ese primer año: por votación popular entre el equipo. Harry, según cuenta la historia, manipuló la votación para que él, y no Lisa Van Wees, también de la generación del ochenta y siete, se convirtiera en la editora, porque todos sabían que ella era la favorita de sus asesores. Harry ha negado esta versión; Lisa no pudo ser contactada para comentar al respecto.

Luego está el Muro de los Editores, quizá la mejor idea que tuvo Harry. En la pared del fondo de la sala de redacción, flanqueada a un lado por un gabinete lleno de obras de Shakespeare y, al otro, por el cartel de Johnny Cash del señor Powell, cuelga la imagen del rostro de cada estudiante que ha ocupado el puesto de editor desde los tiempos de Harry, quien retomó esa tradición de un periódico estudiantil que encontró durante una gira por distintas universidades del noreste. Eton Kuo, de la generación del ochenta y ocho, el artista inaugural y antiguo ilustrador del *Bugle*, dibujó a mano todos los retratos con tinta china real y continúa haciéndolo con cada nuevo editor electo (a pesar de que ahora es endodoncista y vive en Irvine).

El Muro de los Editores es lo primero que veo cada mañana cuando entro al aula del señor Powell antes de que comiencen las clases. Y cada vez, aunque sea sólo por un instante, hago una pausa para admirarlo y recordarme lo que estoy buscando. Porque ésta es la verdad: en Willoughby, cuando entras en ese elenco, significa que eres importante. De la misma manera que ser presidente de la escuela, la otra posición

superior en el campus, ser editor del *Bugle* significa que te conviertes en parte de una institución. Incluso si terminas haciendo un trabajo por completo inútil, tu lugar en la historia será preservado para la posteridad. Siempre podrás decir: “Bueno, al menos logré estar en el muro”.

Esta mañana, cuando me detengo allí un instante, preguntándome cuánto tiempo tardará mi propio retrato en volverse amarillo como los más viejos, Cassie Jacinto salta para unirse a mí. Ella es una fotógrafa del *Bugle* razonablemente competente, estudiante de segundo año con una gran y tupida cola de caballo y una enorme sonrisa con aparato dental.

—¡Eh, Elisa! —exclama—. ¿Estás emocionada por el día de hoy?

Me alejo del Muro de los Editores y dejo la mochila en mi escritorio habitual.

—Claro...

—¡Yo también! Quiero decir, estoy muy emocionada por ti.

—Gracias, yo...

—Pero ya has oído lo de Len, ¿verdad? —ahora su voz se reduce a un susurro, y antes de que yo pueda siquiera abrir la boca de nuevo, se apresura a agregar—: No estás preocupada por él, ¿verdad? Porque en realidad no deberías estarlo. O sea, tú estás mucho más calificada y tienes mucho más...

—Cassie —la interrumpo esta vez—. No estoy preocupada. En serio.

—¡Impresionante! —Cassie me sonrío como si todo el tiempo hubiera sabido que yo lo superaría. Luego me ofrece una despedida de puño antes de alejarse, mientras me pregunto por qué todo el mundo asume que la insignificante candidatura, de último minuto y básicamente no registrada por parte de este chico Len, es algo por lo que podría sentirme amenazada.

Unos minutos más tarde, me encuentro junto a los ordenadores del *Bugle*, revolviendo un cajón en busca de un bolígrafo rojo, cuando una hoja de papel revolotea sobre mi hombro. Sobresaltada, agito los brazos con torpeza para atrapar la página antes de que caiga al suelo. Es el primer borrador de un artículo sobre la señora Velazquez, la encargada de la cafetería que se jubilará el próximo mes. Cuando veo el nombre del autor, me doy la vuelta, pero él ya se está alejando.

—Gracias —grito, y Len ondea la mano sin mirar atrás.

Bajo la vista y finjo estar interesada en su borrador, aunque en realidad lo observo mientras se dirige al fondo de la sala, cerca de Johnny Cash. Suele pasarse la hora entera en ese rincón, hablando tan poco con nadie que es fácil olvidar incluso que está allí. En un abrir y cerrar de ojos, hace un despliegue de agilidad y salta para sentarse entre un conjunto de escritorios, cruza las piernas y coloca su portátil en su regazo. Es sorprendentemente felino.

—¿Hola? —James ha aparecido a mi lado, y me doy cuenta de que el cajón en el que estaba hurgando todavía está abierto. De prisa, lo empujo para cerrarlo.

—¡Eh! —digo en voz alta, porque estoy segura de que me ha sorprendido espiando y lo último que necesito en este momento es un comentario de James Jin. Intento pensar en algo para distraerlo—. ¿Conoces esa nueva cafetería de té con perlas de tapioca?

—¿Sí? —hace una pausa con gesto de interés. A James le gusta el té de perlas.

—Ya han puesto una fecha de inauguración para la próxima semana. Me he enterado por Alan Rodriguez —Alan es el tipo de persona mayor que corre maratones y viste polos en tonos pastel con pantalones cortos, es el presidente de la Cámara de

Comercio de Jacaranda. He estado en contacto con él desde que *Jacaranda Community News* se declaró en quiebra, hace dos años.

James se emociona.

—¡Por fin!

Recientemente, alguien comenzó a renovar el centro comercial abandonado que está frente a la escuela, al lado de la iglesia presbiteriana que pone frases divertidas en su marquesina (*Jesús quiere brindarte un cambio de imagen extremo*). Pero ha estado vacío durante algunos meses y Boba Bros es el primer negocio en mudarse ahí. Durante años, el único sitio de reunión cerca del campus había sido un sucio Dairy Queen que está a dos manzanas, así que esto es definitivamente una gran noticia, al menos en un mes tan lento como éste.

—Creo que deberíamos escribir alguna nota sobre eso —digo.

—De acuerdo. Agrégala a la página principal —James choca las manos conmigo en todo lo alto—. Qué manera de conseguir la primicia, Quan.

Animada por los elogios, vuelvo rápidamente a mi escritorio, pero en cuanto me siento con el artículo de Len sobre la señora Velazquez, mi efervescencia adquiere una nueva carga competitiva. Al leerlo, recuerdo que aun cuando su estilo de escritura es desordenado y tosco, es también... de acuerdo, más o menos bueno. Me siento extrañamente atraída por su escueta línea de entrada:

Cuando Maria Elena Velazquez tenía doce años, quería ser bailarina.

Quiero decir, la mujer ha pasado los últimos veinticinco años de su vida preparando almuerzos escolares, ¿y así decide él comenzar la historia?



—Eh, Elisa —Aarav Patel, un estudiante de segundo año, se acerca con una absurda chaqueta de cuero—. ¿Cómo va todo?

—Bien —hojeo mi carpeta para encontrar su borrador, que edité anoche. Su historia habla de la venta anual de pasteles del consejo estudiantil, lo cual era un asunto verdaderamente soporífero incluso en las manos más capaces.

—¿Sólo bien? ¿Por qué sólo bien? —pregunta Aarav, como si no pudiera entender por qué creo que se trata de una respuesta sensata a su pregunta.

Le sigo la corriente con una mirada impasible.

—¿Cómo estás tú?

—¡Yo estoy genial! —sonríe—. Voy a ir a un concierto esta noche. Superemocionado.

—Eso es bueno. Aquí tienes —le entrego su borrador, que está cubierto, como de costumbre, de marcas rojas.

—Ay, ¿en serio? —Aarav hace pucheros mientras me quita la hoja—. No está tan mal, ¿verdad?

Me encojo de hombros. Cuando se trata de formar oraciones compuestas, Aarav tiene la pericia de un niño de primaria.

—La pluma roja es muy agresiva, Elisa. Quizá deberías probar con otro color, no sé, tal vez morado. Ya sabes, algo menos violento.

Esboza una sonrisa arrepentida, en un intento por suavizar las cosas de esa manera tan suya de chico bonito medio provocador y medio llorón. No ha aprendido que eso no funciona en una chica tan sin encanto como yo.

—O quizá deberías escribir un borrador mejor —sugiero.

La siguiente es Olivia Nguyen, una estudiante de primer año que recibe su historia con manos temblorosas. Hoy sus uñas están pintadas en diferentes tonos de rosa. Ella está es-



cribiendo el único artículo realmente importante de este mes, sobre los recortes recientes en los presupuestos de actividades de los clubes que afectarán de manera desproporcionada a los grupos más pequeños... como los que se dedican a los intereses de los estudiantes marginados.

—Bueno —digo, con toda la paciencia posible—. Veo que has hablado con más personas además de tu amiga Sarah desde la última vez. Y, de hecho... —le quito el borrador otra vez y lo hojeo— eliminamos a Sarah, ¿verdad? ¿Recuerdas lo que dijimos sobre el “conflicto de intereses”?

—¿Sí? —la voz de Olivia está atascada en su garganta.

—Sí, así que esto es una gran mejoría —doy golpecitos en la hoja de papel con mi pluma—. ¿Pero ves que todos los demás párrafos son citas? Necesitamos un poco más de estructura. Tú eres la escritora, así que debes contarnos una historia.

Olivia asiente con gesto solemne. Siempre parece así de aterrada cuando está conmigo, pero no me preocupa... James dice que la chica tampoco consigue mantener la calma con él.

El último borrador que tengo pertenece a Natalie Weinberg, otra estudiante de segundo año. Reviso la sala para ver si ya está aquí y en ese momento la localizo acercándose a la esquina donde está Len. Lo cual es un poco extraño.

Él está concentrado en su portátil y no se percata de su presencia. Pero entonces ella dice algo que lo hace levantar la mirada y, por un segundo, incluso sonrío, como si fuera una persona perfectamente normal, en lugar del recluso residente del *Bugle*. Ella sigue hablando, diciendo cosas que no puedo oír, y luego él ríe, como si pensara que es realmente divertida. ¿Desde cuándo Natalie es graciosa?

Aparto la mirada. Ahora no es el momento de reflexionar sobre los enigmas del universo.

James se ha subido a una silla en la parte delantera de la sala y está agitando las manos de una manera ridícula y digna al mismo tiempo, como un líder mundial que va bajando de un avión.

—Amigos, bugleros, compatriotas —dice con su voz retumbante—, escuchadme.

Todos guardan silencio. El señor Powell, al fondo de la sala, se aclara la garganta e inclina la cabeza. James se baja de la silla, pero continúa sin inmutarse:

—Hoy es la elección anual buglera, en la que tendréis la oportunidad de seleccionar a vuestro próximo editor. Ésta es, como bien sabéis, una tradición única entre los periódicos estudiantiles que nuestros antepasados instituyeron con un profundo respeto por el poder de la democracia. Valorad este privilegio de elegir quién os dirige y votad sabiamente. Como vuestro actual e intrépido líder, sé que mi sucesor tendrá el listón muy alto...

Tim O'Callahan, editor de la sección de Deportes, silba desde su escritorio, lo que provoca una ola de risas, pero enseguida lo hacen callar. James hace un gesto para que la sala se calme.

—Pero también sé que quienquiera que elijáis estará sin duda a la altura de las circunstancias con coraje, convicción y carisma —James comienza a caminar de un lado a otro—. Trabajaré duro para merecer su puesto en el Muro de los Editores. Pasará noches incansables a la altura del honor que le confiere este emblema inviolable, este símbolo de claridad y responsabilidad —coge el clarín del escritorio del señor Powell como si quisiera emitir algún sonido para dar un mayor énfasis, pero luego decide que no.

—Recordad, las deliberaciones se llevarán a cabo durante el almuerzo, al final de las cuales haremos una votación, así

que venid preparados para un intenso debate. ¡Y no lleguéis tarde! —señala hacia mí con el clarín y luego hacia Len—. Vosotros dos, por supuesto, estáis obligatoriamente exentos —y ahora, junta las manos—. Con respecto a eso, ¡que comiencen los discursos!

Len y yo tenemos que jugar piedra, papel o tijeras para determinar quién va primero. Las primeras tres rondas, empatamos: primero piedra, después tijeras, luego piedra de nuevo.

—Eh, vosotros —dice James, de pie entre nosotros como si fuera el árbitro—, no tenemos todo el día.

Levanto la mirada para observar a Len y me doy cuenta por primera vez de que es muy alto. Sólo llego al cuello de su camisa, que está parcialmente arrugado bajo su sudadera con capucha. *De acuerdo, Len, pienso, terminemos con esto. Haz lo que hagas, simplemente no hagas lo mismo que yo.* En un movimiento nervioso, cierro mi mano en un puño y comenzamos de nuevo. Piedra, papel...

Al tercer conteo, como si él hubiera escuchado mi súplica silenciosa, extiende dos dedos. Un signo de paz lateral: tijeras. Mi mano todavía está en un puño. Soy la primera.

Len y James me dejan al frente de la sala y, de repente, todos tienen puesta su mirada sobre mí. Aliso la parte delantera de mi suéter e intento no sentirme cohibida.

—Bueno —digo, aclarándome la garganta. Siempre es muy incómodo comenzar un discurso como éste cuando más o menos conoces a todos. ¿Se supone que debes saludar, como si se tratara de una simple conversación? ¿O se supone que debes lanzarte como si fuera una charla TED? ¿Cuál te hace parecer menos falsa? Me sacudo el nerviosismo y evoco las palabras que he estado ensayando—, estoy aquí porque me gustaría ser la editora jefe del *Bugle* —examino la sala y

veo a James apoyado contra la pared del fondo. Sus brazos permanecen cruzados, pero me levanta el pulgar—. Y para tomar prestada una de las frases favoritas de James, creo que sería jodidamente buena en eso.

Mi última frase provoca algunas risitas. Todo el mundo sabe que si James garabatea *JODIDAMENTE BUENO* a lo largo del borrador que le has entregado en lugar de marcarlo con sus observaciones, finalmente has escrito algo.

Envalentonada, sigo adelante.

—He sido una buglera desde que era estudiante de primer año. He escrito más de treinta artículos, incluidas dieciséis historias de portada. Fui seleccionada por cuatro ocasiones en la Conferencia de Periodismo Estudiantil del Sur de California, y en dos de esas veces gané el primer puesto. Ahora, por supuesto, soy la jefa de redacción y estoy a cargo de dirigir nuestro equipo más grande, Noticias, y de supervisar el contenido de todas las secciones. En resumidas cuentas, quizás he pasado más de trescientas cincuenta horas de mi vida trabajando en el *Bugle*, así que si hablamos de experiencia, definitivamente es algo que tengo cubierto.

Continúo describiendo mis propuestas para el próximo año. Deberíamos asociarnos con los chicos del curso avanzado de Informática para crear infografías interactivas como las de *The New York Times*. Deberíamos hacer vídeos de periodistas adscritos, como los que hace *Vice*. Deberíamos buscar historias en los datos públicos del distrito. Deberíamos ir más allá de los artículos sobre diversidad y violencia armada.

—Me emociona pensar que trabajaremos juntos en todos estos proyectos —concluyo—. Espero que estéis de acuerdo en que soy la mejor candidata para dirigirnos el próximo año.

Todos aplauden educadamente cuando me siento.

—¿Len? —dice James a continuación, señalándolo.

Len balancea los brazos hacia delante y hacia atrás mientras se pasea por el frente de la sala, tocando sus puños cuando se encuentran frente a él. Luego, echa los hombros hacia atrás unas cuantas veces antes de sacudirlos. Tengo la sensación de que estoy viendo a un atleta relajándose mientras se prepara para una competición. En la cual, en cierto sentido, también estoy yo.

—Es muy difícil que pueda superar a Elisa —dice, sonriendo. Tiene una amplia sonrisa, del tipo que arruga tanto sus ojos que no puedes dudar de que te está sonriendo justo a ti—. Pero supongo que lo intentaré —mete las manos en su sudadera.

—La verdad es que me uní al *Bugle* apenas hace un año. Quizás un poco más. Algunos de vosotros sabéis que solía jugar al béisbol. Todo el mundo tiene sus pasiones, ¿no es así? Ésa era la mía. Yo era el lanzador y era bastante bueno. Se podría decir que era la Elisa Quan del equipo de béisbol de Willoughby.

Esto parece divertir a todos, menos a mí.

—Pero tuve que renunciar —continúa— porque me rompí un ligamento del codo. Y no voy a mentir, fue difícil.

Pienso en el segundo año y recuerdo de una manera más bien vaga que lo vi con un aparato ortopédico en el brazo en algún momento.

—No pude seguir lanzando de la forma en que solía hacerlo. Ya no podía jugar al béisbol. Después de la cirugía, el médico dijo que debía quedarme fuera del campo por un tiempo. Pareció como una eternidad —hace una pausa—. Me sentí realmente perdido.

De alguna manera, todos están pendientes de cada una de sus palabras. Me pregunto si esto se debe a que los demás

también se han dado cuenta de que, durante el tiempo que ha formado parte de este equipo, ésta es la sucesión de oraciones más larga que Len ha pronunciado.

—Con el tiempo, sin embargo, supe que debía probar con algo más. Me puse a pensar qué quería hacer si no podía jugar al béisbol —se encoge de hombros—. Allí estaba yo, deambulando por la feria de actividades de primavera, y entonces vi la mesa del *Bugle*. Creo que tal vez algunos de vosotros estabais allí.

Yo *estuve* ahí. Me había ofrecido como voluntaria para el equipo de la mesa del *Bugle* durante toda la semana porque, bueno, pensé que era lo mejor si fuera la editora jefe algún día. Ahora recuerdo mejor a Len. Entonces se veía más como un atleta: menos pálido, más esbelto que delgado, su cuerpo tenía más tono muscular. Su cabello, todavía ondulado bajo una gorra de béisbol del equipo de Willoughby, era más largo, recogido detrás de las orejas, y también más claro, del tipo de marrón miel que adquiere el cabello oscuro después de que se ha expuesto mucho tiempo al sol.

—Me uní al *Bugle* porque necesitaba algo que hacer. Pero descubrí que era un lugar al que quería pertenecer.

Pongo los ojos en blanco en un gesto exagerado para que James me vea, pero él parece intrigado con el discurso.

—Descubrí que me gusta escribir —prosigue Len— y que tampoco soy tan malo en eso. No he ganado tantos premios como Elisa, pero conseguí un puesto en la conferencia del año pasado. El primero, de hecho. Por el mejor artículo —me mira un segundo, fríamente combativo, y la tensión que pasa entre nosotros es eléctrica—. Era mi primera competición.

Cubro mi latido acelerado con una mueca de desprecio.

—Os digo todo esto para aclarar que no soy un completo inepto. Pero para mí no se trata en realidad de eso. No, se trata de retribuirle al *Bugle*. Se trata de daros la posibilidad de elegir quién os dirigirá el próximo año. Se trata de democracia y de hacer que el *Bugle* sea lo mejor posible —pasa un par de dedos suavemente por el lado derecho de su cabello, lo que reconozco de inmediato como una sutil marca de ansiedad, pero al parecer los demás lo interpretan como un gesto del Señor Genial.

—Confío en que todos tomaréis la decisión correcta —dice, inclinando la cabeza, como si estuviera haciendo una leve reverencia.

Los aplausos llenan la sala mientras regresa a su asiento y soy lo suficientemente inteligente como para saber que estoy en problemas.